

HASTA DONDE EL CORAZÓN LLEGUE

Por Paloma Martínez de Tejada Gil

Era una calurosa noche de verano del 98, ansiosos por la esperada y tardía llegada del bus que nos traería al pequeño Jatri. Algo que nos producía mucha expectación, pero que a la vez deseábamos mucho.

Éramos varias familias las que estábamos esperando la venida de esos niños que no parecían llegar nunca y pensando que después de un largo viaje estarían muy cansados, pasarían con nosotros unos días muy intensos en los que viviríamos por lo menos una gran experiencia tanto para ellos como para nosotros.

Después de casi una hora y media de retraso por fin vimos llegar el bus, ya estaban aquí, estábamos nerviosos por saber quién sería nuestro niño, teníamos muy pocas referencias de él y por fin ya habían llegado; cuando se abrieron las puertas y empezaron a bajar del bus niños con caritas de susto, intentábamos buscar y saber cuál sería el nuestro, solo sabíamos que tendría alrededor de 5 años, pero con esa poca información poco podíamos descubrir, al fin y al cabo eran todos muy parecidos, eran unos pequeños niños al borde casi de la desnutrición. Aunque para algunos era la segunda vez que venían a pasar el verano con familias españolas. En las caras de estos pequeños se reflejaba la dura e injusta vida que les había tocado vivir.

Según bajaban del bus se iban colocando en fila, el estado general de esos niños era casi lamentable, algunos venían hasta sin zapatos, solo con una pequeña bolsa de plástico atada a la cintura con una cuerda y cuatro galletas, más una pulserita hecha de piedras para las madres españolas como único equipaje. Viajaban con sus monitores, todos ellos saharauis, que les iban nombrando y entregando a cada familia. Nos acercaron aquel pequeño y asustadizo niño de una timidez y sumisión total.

Intenté abrazarlo y me di cuenta que era como algo terrible para él, al fin y al cabo venía de un lugar donde las mamás son las únicas que abrazan y yo era una extraña. Por fin habían llegado y lo único que queríamos era llegar a casa y comenzar esos días de vacaciones para él, intentando que todos disfrutásemos lo más posible.

Después de tantas horas de tensión y de espera llegamos a casa y ver la carita de sorpresa por lo que él estaba descubriendo fue todo un espectáculo, muy emocionante. Era muy tarde y lo único que deseaba era dormir.

Después de bañarlo y tomar un vaso de leche lo metí en la cama. Me quedé observándolo un ratito cuando vi que se levantaba y se tumbaba en el suelo. Me tiré más de media noche metiéndolo en la cama y él bajándose al suelo una y otra vez. No había manera de que comprendiera que la cama era donde tenía que dormir.

Así transcurrió esa movidita noche para los dos.

Al día siguiente y bien tempranito me levanté para empezar y programar lo que sería su primer día con nosotros. Lo primero era equiparle, venía sin ropa ni siquiera tenía unos zapatos, Me llamó la atención que cualquier cosa, hasta lo más cotidiano, le producía sorpresa. Como los grifos, ponía el dedo debajo para que dejase de salir el agua poniendo todo empapado, los cristales de las ventanas con las que se daba coscorriones constantemente, las escaleras de la casa que subía a gatas con mucho miedo. Él no había visto nada de esto jamás. Vivía en una jaima en un campamento de El Aaiún. Si no hubiese sido por la pena que me producía esa situación me hubiera reído, era algo increíble.

Por fin salimos a la calle para coger el coche, cuando de repente se puso a reír a carcajadas y al preguntarle qué le pasaba se puso a negar con la cabeza, no podía ser que una mujer condujera un coche, eso divirtió a mis hijos y a mí, terminamos todos riéndonos, aunque en el fondo el pobre iba muerto de miedo, no se fiaba un pelo de que una mujer fuera capaz de llevar un coche.

Emocionante fue la llegada al gran centro comercial donde descubrí que las puertas de cristal se abrían y cerraban al detectar a las personas, Jatri se pasó entrando y saliendo un buen rato, me miraba como preguntándome cómo era posible que eso pasase.

Por fin, después de un largo rato de abrir y cerrar puertas, le convencí de que teníamos que seguir, teníamos que comprar, fuimos de tienda en tienda para equiparle, empezando por la zapatería, la cara del vendedor era un poema, tuvimos que probar varios zapatos hasta dar con su número. Cuando conseguimos ponerle los zapatos, él se puso de pie mirándose los pies y mirándose con sorpresa, sin saber si eso que de repente le habían colocado lo tendría que llevar un ratito o todo el tiempo.

Al fin y al cabo él estaba acostumbrado a sus callos y durezas, ya no le dolían, le molestaba mucho más tener que llevar esas cosas llamadas zapatos en los pies.

Después de un largo rato entre la zapatería y ropas, de estar quitándose los zapatos a cada momento y yo poniéndoselos, le convencí de que tenía que dejárselos puestos, aunque yo sabía que no le gustaba nada.

Lo más importante ya estaba, me angustiaba que fuera descalzo, era hora de continuar con la compra del supermercado, eso sí que le entusiasmó, cogimos un carro y empezamos con nuestra compra; al ver que yo metía lo que necesitaba dentro, él comenzó a meter en el carro todo lo que veía. Otra vez intenté explicarle que solo había que coger lo que se necesitaba, pero él seguía metiendo cosas y yo sacándolas, tengo que reconocer que ha sido la compra más divertida que he hecho nunca.

Por fin, volvimos a casa. Empezaba ya el día a día con normalidad. Sabiendo que tendríamos que hacer una serie de cosas diferentes, se trataba de que este pequeño disfrutara de algo que ni sabía que existía. Nos quedaba la visita al dentista y al oculista. Estos niños cuando vienen tienen una serie de carencias tan enormes, tanto de alimentación como de cualquier otro tipo, que cuando están aquí hay que intentar remediarles lo más básico, tampoco están demasiado tiempo como para ponerles en forma, así que el oculista y el dentista es lo primero, muchos necesitan gafas o no tienen dientes y eso se intenta arreglar.

Poco a poco empezó a integrarse, a jugar con mis hijos y con otros niños, aunque conmigo seguía teniendo sus reservas porque yo era una mujer y eso no le permitía darme un abrazo con las ganas y naturalidad que seguramente le hubiera apetecido.

Empezó a comer y a adaptarse a la vida de aquí. Quitando alguna cosa que le seguía asustando de una manera exagerada. Intentamos que se bañara en la piscina y eso fue tarea casi imposible. Ahora, después de tanto tiempo, me pregunto qué pensaría, que le pasaría por la cabeza para tener tanto pavor. Igual creía que le dejaríamos ahogarse.

Pobre, ahí sí que le vi llorar y decidí no insistir, a pesar del calor de ese verano.

Fueron pasando los días y aquel tímido niño se fue integrando. Sabíamos que tendría que volver y, poco a poco, el sentimiento de tristeza se apoderaba de todos. Era casi seguro que nunca más volvería, solo nos quedaría el contacto por carta y con el tiempo ni eso.

Llegó el momento de su marcha, los organizadores nos habían dado una serie de recomendaciones para que la hora de separarnos fuese lo menos triste posible.

Ellos habían pasado un verano que nunca más volverían a pasar.

La costumbre era mandarles regalos a sus hermanos y madres. Pero lo mejor de todo era ese dinero con el que poder comprar cosas, todas ellas de primera necesidad.

La recomendación era coserles en los dobladillos del pantalón un rulito con dinero para que no lo descubrieran jamás los padres, nos habían dicho que era muy importante que fuese así. Tenía que llegar directamente a las madres, ellas sabrían darle el uso adecuado al dinero, tenían la seguridad de que siempre se emplearía bien.

Otra cosa sería la ropa, los juguetes o cualquier otra cosa, eso lo llevarían en una maleta siempre. Maleta más grande que ellos, pero que no importaba si la tenían que arrastrar, era su maleta, su gran tesoro, y la llevaría a su lugar de origen, aunque posiblemente no volviera a utilizarla nunca más, serviría esa maleta para jugar o para llevar algún animalito de un lugar para otro.

Llegó el triste día de la despedida, a diferencia de la llegada se juntaron todos los niños en el mismo lugar, llenos de regalos y todos más gorditos, limpios, peinados y con grandes maletas, llenas de cosas no solo para ellos sino también para las familias. La pena de dejarlos marchar se mezclaba con la alegría de saber que sus familias estarían ansiosas por volverles a ver. Y quién sabe si hay suerte y podrían repetir otro año.

Nos encontramos con los monitores, que volvían a pasar lista y después de un gran abrazo iban subiendo otra vez al bus que les llevaría hasta el avión ya de vuelta a casa. Las lágrimas y el sentimiento de vacío inundaban aquel lugar. Sabíamos que era posible no volverlos a ver.

Como era de esperar, pasó el tiempo y cada vez supimos menos de ellos. La tristeza del principio se convirtió en costumbre hasta dejar de doler y al final hasta olvidar. Han pasado muchos años y aunque alguna vez he recordado aquellos momentos y he pensado que sería de aquel pequeño niño, nunca más volví a saber de él.

Hasta hace unos meses que me pidió amistad por *face* un chico de unos veintitantos años. Tengo que reconocer que al principio rechacé de inmediato la amistad, no tenía sentido que me pidiese amistad un marroquí. Aunque me quedé pensando y me di cuenta de que ese chico se llamaba como aquel pequeño niño saharauí que pasó un verano conmigo.

Me entró un poco de angustia, lo había rechazado del todo y era incapaz de encontrarlo.

Pensé en no torturarme, podía ser él o no. Posiblemente Jatri sea un nombre muy común en Marruecos.

Hasta hace poco que me volvió a llegar una solicitud de amistad con el mismo nombre. Era el mismo chico de la otra vez, no se había dado por vencido y lo volvió a intentar. Ahora sí que sí, era Jatri.

Hablamos mucho, largo y tendido, se sentía muy orgulloso de haberme encontrado, estaba estudiando en la universidad de Argel y presumía de mamá española, me enseñaba por todos los sitios, les decía a sus amigos que su madre de aquí era como las que salían en las películas americanas. Ahora todos sus amigos quieren conocerme. Ya habla español algo mejor, aprendió a escribir aunque con muchas faltas de ortografía, pero es capaz de comunicarse conmigo.

Lo cierto es que aquel pequeño niño desnutrido ha crecido, sigue acordándose de aquello a pesar de los años, fue una experiencia para todos.

A día de hoy me quedan todavía muchas dudas si es justo traerse niños para que conozcan y vivan lo que ellos jamás podrán tener. ¿Es bueno ponerle la miel en los labios?, aunque sabemos que muchos no llegan a mayores por la cantidad de carencias y las condiciones que se encuentran.

Me preguntó si es mejor dejarles en su medio y que no conozcan nada más, a fin de cuentas lo que no se conoce no se echa de menos. Es triste saber que todavía hay personas que viven en unas condiciones tan extremas y aún así son capaces de sonreír y hasta ser felices con poquito.

He aprendido que la felicidad hay que buscarla, que tener sueños es gratis y maravilloso, que la vida es un momento, que una sonrisa a tiempo puede alegrar a los demás. Que no siempre somos capaces de valorar lo que tenemos, que lo que condiciona la vida de las personas es el lugar y la familia donde naces. Que a pesar de las desigualdades hay cosas que pertenecen a todos sin diferenciarnos.

Que no solo hay estrellas en el cielo, que algunas están en la tierra y con sus actos y su vida nos iluminan. Solo tenemos que creer en ello; al final siempre las encontraremos.